

DE LO PUBLICADO...

Kakistocracia

JOSE WOLDENBERG

En el siglo XIX, nos recuerda Doctorow en su novela *El arca de agua*, era común diseccionar al género humano en tres temperamentos básicos a partir de la configuración de los cráneos, lo cual daba como resultado tres tipos: el mental, el volitivo y el sanguíneo. Esa pseudociencia llamada "frenología", pontificaba que las "frentes altas y despejadas" indicaban aptitudes reflexivas, "los huesos largos y el rostro llano" anunciaban un cierto "pensamiento lógico" y fuerza de voluntad, y no sé qué otras características físicas presagiaban "los apetitos carnales y mundanos"; es decir, a la vulgaridad. Doctorow, le hace decir al narrador de su historia, no sin un toque de ironía: "Era una absoluta tontería, sin ningún valor científico, pero era una convención, uno de esos pozos ciegos del pensamiento, como la astrología o la organización del tiempo en seis días y un Sabbath".

Más adelante, la misma historia da cuenta de una de las rutinas de la policía de Nueva York en aquellos años: clasificaba las muertes por sus causas, cimógenas, congénitas o súbitas. Y aunque era un registro que nadie consultaba, ahí se tejía día a día una tipología de la muerte.

¿A qué viene este cuento? A que el afán por ordenar las "cosas" a través de tipologías cruza la historia de la humanidad desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. Y que tipologías las hay con sentido y sin él, alumbradoras y fatuas, pertinentes e impertinentes. Pero siempre serán —está en su propia naturaleza— simplificaciones de la realidad, modelos explicativos, claves para entender y ordenar.

Y curiosamente existen tipologías antiguas mejor acabadas y más perdurables que aquellas que tienen alrededor de cien años y muy probablemente que un buen número de las de hoy.

Michelangelo Boyero (en *Kakistocracia* —la receta de Polibio y su "contrario": la pésima república—, *Este País*, abril de 1996) nos ofrece un ejercicio erudito, un juego tipológico, destinado a pensar las virtudes y taras de las diversas formas de gobierno.

Tomando a Polibio y su teoría de los ciclos completos de las formas de gobierno, Boyero imagina una forma que conjuga todos los elementos perversos de diferentes fórmulas. Boyero resume así el ciclo de Polibio: "cuando la monarquía real, primera forma buena en la que ha evolucionado el originario poder natural del más fuerte, se corrompe y se transforma en tiranía, ésta es sustituida por la aristocracia, el gobierno de los mejores que liberaron la ciudad del tirano; a su vez corrompiéndose, la aristocracia cambia en oligarquía, el gobierno de pocos ricos, ávidos y acaparadores, contra lo cual el pueblo instituye la democracia, en su forma buena de gobierno de las leyes; pero ésta, degenerando en la ilegalidad se transforma en olocracia, el gobierno brutal de la plebe, de la muchedumbre, o de la masa, que al final reencuentra un amo y un monarca."

Se trata no sólo de un círculo perfecto que se cumple porque la virtud lleva incubado el vicio, sino de una tipología sugerente; es decir, de un modelo que intenta

captar los rasgos fundamentales, cruciales de las diversas formas de gobierno, simplificando, sintetizando, extrayendo lo esencial y prescindiendo de lo adjetivo.

Se trata de una simplificación pertinente, que permite pensar en la nuez de los sistemas de gobierno, que ayudan a clasificar a "las cosas", pero que por su propia naturaleza indefectiblemente reduce un universo complejo. Y es que los modelos no son la realidad, sino, permítanme la tautología, modelos de la misma. Y desde Polibio hasta los frenólogos, reconocían que las mixturas eran posibles y que las formas de gobierno o los cráneos pueden parecerse más o menos a los tipos ideales.

El otro elemento que quizá valga la pena subrayar del esquema de Polibio, es su elemento dinámico; es decir, la explicación de cómo una fórmula de gobierno se convierte en otra a partir de que sus virtudes mutan hasta ser defectos. El orden de la monarquía puede convertirse en tiranía, el gobierno de los mejores que presume la aristocracia se vuelve el gobierno de los pocos avaros, la oligarquía, y el gobierno del pueblo, la democracia, se convierte sin el imperio de la ley en el atropello de la muchedumbre.

Esta sola idea de cómo lo noble porta lo indeseable, de cómo las "cosas" se encuentran en movimiento, quizá sea una de las indicaciones más pertinentes en tiempos de promesas de construcción del paraíso en la tierra.

Polibio —a decir de Boyero— intentó romper el círculo e inspirado en Licurgo postuló la posibilidad de una forma singular de gobierno que reuniera y conjugara las virtudes características de los regímenes para que por esa vía ninguna se orientara hacia su negación. Y añade Boyero "el mismo fin que Licurgo había perseguido mediante un proyecto racional, los romanos lo habían alcanzado en el ordenamiento de su patria, mediante muchas luchas y vicisitudes"; es decir, a través de un proceso de construcción de instituciones, que vistas por separado emitían una imagen distorsionada pero que en conjunto establecían un sistema de pesos y contrapesos ingenioso y funcional. "Contemplando el poder de los cónsules podía dar la impresión de ser perfectamente monárquico; viendo al del senado resultaba aristocrático, valorando el del pueblo parecía democrático". Y según Boyero, citando a Polibio, "el secreto del buen funcionamiento del sistema residía en la sabia distribución de las competencias y de las prerrogativas, de manera que permitía a las tres fuerzas cooperar para el bien común (...)".

De este segundo paso en el ejercicio de imaginación quizá valga la pena quedarse con dos nociones más: la idea de las formas de gobierno como construcciones y la posibilidad de mixturas entre formas puras, lógicamente diferenciadas.

Contra no pocas ilusiones que ensueñan a la vida política transcurriendo por cauces idílicos y armónicos, la idea de construcciones históricas que a su vez son condicionadas por una historia singular y tradiciones e intereses específicos, que no pueden escapar de la vida del ensayo y del error, como la "república" romana, sirve no sólo para multiplicar la complejidad de las construcciones institucionales en materia política sino para trascender el cálido mundo de las buenas intenciones.

Y el tema de las mixturas, porque con más frecuencia de la que aceptamos, los sistemas combinados se encuentran en todas partes y sus combinaciones modelan sistemas peculiares. Monarquías parlamentarias como España, Inglaterra, Holanda, etcétera. Repúblicas, como la italiana, con senadores vitalicios, nos informan de cómo los modelos son, y que eso que llamamos realidad suele generar combinaciones heréticas.

Pero sin duda la parte nodal y más sugerente del ensayo de Boyero es su intento de invertir la receta de Polibio. No conjugar los aspectos virtuosos, sino imaginar la conjunción de lo peor: "la tendencia oclocrática plebeya, la oligárquica plutocrática y la

tiránica dictatorial"; es decir, no la búsqueda de la "óptima república", sino de la "pésima república". A ese engendro de la razón (y creo de la desesperación) Boyero la llama kakistocracia.

Agítese y mézclese, al pueblo sin ley, sin límites, ignorante, alborotador, capaz de revolver todos los asuntos públicos; es decir, la oclocracia (la negación de la democracia), con los hombres potentados que gobiernan en exclusiva para los ricos, ávidos de dominio y de ganancias rápidas, depredadores e insensibles; es decir, la oligarquía (contraria a la aristocracia), con un tirano, "un ambiguo y arrogante individuo", sin frenos ni reservas, enamorado del poder y deseoso de conquistas; es decir, la tiranía (en contraposición a la monarquía), y tendrán ustedes a la kakistocracia, generadora de inestabilidad, conflictos sin fin, círculos perversos.

Según José Fernández Santillán, quien prologa y traduce el texto de Boyero, éste imagina a la kakistocracia pensando en la situación actual de Italia, en donde los proyectos de la Liga del Norte, de Forza Italia y de Alianza Nacional; es decir, del populismo segregacionista, el poder del dinero y el neofascismo juntos parecerían estar llevando a la "democracia italiana" no "hacia una escala más alta de su desarrollo", sino hacia "un gobierno aberrante."

Sería incapaz, por desconocimiento, de opinar en relación a la situación italiana, pero como lo señala el propio Fernández Santillán, hoy que en México vivimos un proceso de cambio, sería conveniente asumir que las transformaciones son también construcciones que pueden llevar a un mejor puerto, pero eventualmente también pueden acarrear mayor descomposición.

Hoy cuando en nuestro país parecen estar dadas las condiciones para la edificación de un sistema democrático digno de tal nombre, puesto que dicha aspiración no es resultado de un ejercicio académico ni de un reclamo marginal, sino que es acicateado por un sistema de partidos cada vez más asentado y por elecciones cada vez más competidas, vale la pena preguntarse si el sólo transcurso de los conflictos o el simple despliegue de las cosas nos llevará a un mejor puerto institucional. Y como creo que no, es necesario —y el texto de Boyero ayuda— llamar la atención sobre la responsabilidad intransferible de los actores centrales del drama (partidos y gobierno) que tienen en sus manos la posibilidad de encauzar de manera pacífica e institucional un proceso que ya se encuentra en marcha o, por el contrario, desperdiciar un "momento plástico" y convertir la posibilidad venturosa en oportunidad perdida.

La sola idea de la kakistocracia es una especie de espejo en el que nadie quisiera verse reflejado, pero la posibilidad de trascenderla o darle la vuelta depende normalmente de operaciones políticas intencionadas, ya que las inercias y la política sin horizonte puede convertir a los espacios institucionales en auténticos nidos de lo "peor".

Porque como en la antigüedad se sabía y hoy al parecer no (gracias a tantas explicaciones estructurales y solo estructurales) toda forma de gobierno no es más que un marco para el despliegue de la vida en común, que lo mismo puede generar círculos virtuosos que viciosos y, en buena medida, ellos son posibles gracias a las acciones u omisiones, a los dichos y a los hechos, a las iniciativas y propuestas, de los actores políticos de todos los colores y sabores, cuya responsabilidad nunca debe ser omitida.